

blicos con un peso que no es necesario; la construcción de una escuela de Condado corre íntegra a expensas del Estado cuando los directores paguen el 50 por 100 de los gastos para un aumento.

"La Iglesia desea tomar parte en la protección de las escuelas de pueblos, bien sean escuelas de Condado o escuelas libres, cuando están amenazadas de cierre por los planes de desarrollo de las autoridades locales de educación en los casos donde este cierre no es absolutamente necesario.

"Estos tres puntos pueden ser regulados de forma administrativa en el ejercicio del poder de árbitro del pastor. Los dos puntos siguientes pedirán enmienda de las leyes.

"La Iglesia desearía insistir para una definición más amplia de la expresión alumno "despla-

zado" en la sección 104 de las leyes de 1944, de forma que permitiese a los niños cuyos padres han tenido que cambiarse de domicilio de una región a otra, frecuentar una escuela de la confesión religiosa de sus padres.

"La Iglesia desearía también insistir para una enmienda de la sección 1.ª de las leyes de 1944 de forma que permitiese a las autoridades locales de la educación no solamente aumentar una escuela controlada por el Estado de forma que se admitieran los alumnos de otras escuelas libres (es decir, las no estatales) que deberían estar cerradas, sino también instalar otras "escuelas controladas por el Estado" en lugares más céntricos y más prácticos cuando las circunstancias lo requieran."

JUAN ROGER

HUMANISMO EN NORTEAMERICA

Recientemente (17-III-52), el semanario americano *Time* extendió insólitamente su sección "Education", haciéndola plato fuerte del número —con ocupación de la cubierta— en homenaje al "caso" Mortimer Adler y su batalla en la vida pedagógica americana.

Verdaderamente esperanzadores parecen sus primeros éxitos, y sobre todo su buena voluntad. Tal como ha llegado hasta ahora, la instrucción superior americana parece un verdadero caos, con un máximo de libertad en la elección de materias, con curiosas asignaturas complementarias, y una singular mezcla de utilitarismo y especialización que, en el fondo, se demuestran bastante afines. Sabido es cómo la filosofía del practicismo y la eficacia de John Dewey ha llegado a ser la expresión, no por ignorada menos real, de esta inversión del sentido de la educación del hombre. Pero desde hace tiempo hay una figura que encabeza un movimiento de rebeldía, de regreso a la tradicional jerarquización unitaria del saber: Mortimer J. Adler. "Ha cometido —dice *Time*— la moderna herejía de declarar que hay valores permanentes, absolutos, tales como la Verdad y la Justicia". Su programa pedagógico lo condensa la misma revista en tres puntos: "Los profesores... deben renunciar a sus campos especializados; deberían poder enseñar cualquier cosa de las artes liberales. El método científico debe limitarse a la ciencia, dejando a la filosofía el trabajo de determinar las cuestiones de lo justo y lo injusto". Y, finalmente, defiende un retraso en la edad de comenzar a especializarse en los estudios. Adler, lector de Platón y de la *Summa Theologica*, revela un fuerte amor a la unidad jerárquica del saber, pero en forma un tanto extraña para nuestros hábitos humanísticos europeos; una de sus grandes tareas es la redacción del *Syntopicon*, un catálogo de las 102 grandes ideas que ha pensado la Humanidad, con una nota genérica en cada una y la referencia a todo lo más importante que se

haya dicho sobre ello en los 443 grandes libros editados por William Benton. Adler, habiendo abandonado la región hebrea de su familia, "ha estado a menudo a punto de hacerse católico romano". ¿Por el camino del orden cupular del saber?

En el fondo, nos parece un tanto problemático y paradójico este "regreso" al humanismo, sin alterar los métodos positivistas. No se puede hacer una nueva *Summa* reuniendo cien investigadores con ficheros durante ocho años, por genial que sea el jefe. Por una parte hay algo evidente, que es el hartazgo del positivismo del hombre americano, su inquietud en la creciente sospecha de la importancia de lo trascendente, y el deseo de que el saber no sea sólo saber de cómo, sino de porqués. Pero ese es un punto de partida, y no una clave desde la que se pueda organizar una educación. La unidad no puede ser una acumulación, hoy día totalmente imposible, dado el fenomenal acarreo de las ciencias especializadas ("¡Lo que sabemos entre todos!" —gruñía el pedagogo Juan de Mairena—. "Pero eso es precisamente lo que no sabe nadie"). Desde que el hombre enseña, con cierta organización, un "currículum" pedagógico sólo puede ser organizado desde un sistema total de pensamientos y creencias. Incluso lo que pudiera haber de homogéneo en la Pedagogía norteamericana, decíamos, tiene su filosofía "al revés" o *a posteriori* en el pensamiento de un Dewey. Quizá Adler se quede en un noble y prematuro Quijote por eso, por la ausencia de una base total y primera; en todo caso, la batalla iniciada bajo su influjo, si efectivamente va más allá de "turning the tide", de cambiar el sentido de la marea, puede ser el primer paso en una revolución educacional, que como causa y efecto acompañe la evolución del hombre de U. S. A.

JOSÉ M. VALVERDE